

SERMON
DEL
DESCENDIMIENTO

PREDICADO
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JALAPA
EL 19 DE ABRIL DE 1889

POR EL
PBRO. FRANCISCO J. CORREA Y DIAZ

CANÓNIGO PROVISOR
Y VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE VERACRUZ

Consummatum est.

Consumado es.

Joann., c. XIX, v. 33.

CATÓLICOS:

Todo se ha consumado: las predicciones de los profetas; las dulces esperanzas de los justos que habían acabado el término de su vida en gracia del Señor; todo lo que el amor infinito de un Dios podía prometer; todo lo que el corazón insaciable del hombre podía desear; todo se ha consumado: el verdadero Abraham es el que sacrifica al heredero de las promesas; el verdadero Isaac es el que lleva la leña al sacrificio sobre la montaña donde debe ser inmolado; la serpiente de bronce se ha levantado para curar las enfermedades de Israel. Desaparezcan som-

bras y figuras, porque ha llegado la realidad: el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, había prometido á nuestros padres una generacion más numerosa todavía que las estrellas del cielo y las arenas de la mar; Jesucristo vino á realizar y producir esta generacion: el Señor había prometido á Jacob que no saldría el cetro de su casa hasta que viniera el deseado de las naciones: ya ha venido este Mesías, Belem fué el testigo de su nacimiento, la fama de sus milagros resuena por todas partes, y el Calvario es hoy testigo de su muerte: el primer hombre ofendió por sí y por su posteridad á la Justicia Divina; y ni la sangre de los becerros, ni la multitud de hóstias que se ofrecían en Jerusalem, podían desarmar la cólera de un Dios irritado; era, por lo mismo, indispensable otra víctima de valor infinito. Jesucristo ha venido á ofrecerse; ya está preparado el holocausto; el sacrificador descarga el golpe; la Víctima espira y la justicia del Señor queda vengada.

Este importante sacrificio es el que debe llamar nuestra atención en esta lúgubre solemnidad. Rómpace ese velo que oculta al Santo de los Santos, y veremos que en ese afrentoso suplicio, Jesucristo, muriendo por nosotros, ha venido á sacarnos del estado infeliz de perdición y de muerte en que habíamos caído por el pecado de un hombre solo. Pero entre los muchos objetos que se presentan á esta adorable Víctima en el tremendo instante de su sacrificio, los más notables son: la injuria hecha á Dios por el pecado del hombre, la cual cree indispensable reparar; la llaga hecha al hombre por la culpa que era preciso curar; y el triunfo del infierno por el mismo pecado, que era necesario contener.

Vais á ver cómo Jesucristo repara estas faltas con el sacrificio que con admirable paciencia consume sobre el Calvario; y hé aquí el objeto principal de mi discurso.

¡Cruz santa! ¡Cruz adorable! Tú fuiste en otro tiempo materia de escándalo para el orgulloso judío; pero hoy eres para nosotros el testimonio más brillante de la sabi-

duría de nuestro Dios; tú tienes sobre tí al Legislador de la nueva alianza; tú, ¡oh Cruz preciosa! eres el trofeo insigne de nuestra redención; por tanto, te saludamos con la Iglesia nuestra tierna y querida madre. ¡Oh Cruz.....

Consummatum est.

Jesucristo, nuevo Isaac, lleva sobre sus lastimados hombros el pesado madero de su sacrificio, y mientras su corazón vuela delante de los tormentos, su cuerpo abátese bajo el peso enorme de la cruz. Esta cruz tan pesada que tanto debilita y fatiga al Dios fuerte y poderoso por excelencia, es porque carga y toma sobre sus hombros todos los pecados de los hombres. ¿Ya veis, pecadores, cuánto le cuesta á nuestro Dios esa delicadeza, ese orgullo, ese lujo, esa sensualidad de que está lleno vuestro corazón? Así, cuando Jesucristo vió que una grande multitud de pueblo y de mujeres lo compadecían y lo lloraban, volviéndose á ellos les dijo: "Hijos míos, hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí, antes bien hacedlo sobre vosotros y sobre vuestros hijos." Pero ¿qué es, católicos, lo que veis en el camino del Calvario? Al más hermoso de los hijos de los hombres desfigurado por los golpes y tormentos; antes bien mirad á lo interior de vuestra conciencia y vereis en él esa alma criada á imagen y semejanza de Dios, desfigurada por el pecado; en él vereis esa túnica de la inocencia lavada en otro tiempo con la sangre del Cordero, y ahora llena de mil y mil vergonzosas manchas; éste es el espectáculo que debe muy particularmente excitar vuestra ternura y hacer brotar á raudales vuestras lágrimas. Pero ¿qué es lo que escucháis en el camino del Calvario? Las blasfemias de unos soldados impíos,

los clamores de un pueblo sedicioso, que con horribles gritos pide la muerte de un Hombre justo é inocente. Mas, entrad dentro de vosotros mismos, dentro de vuestros corazones, y reconoceréis que los desórdenes vergonzosos ocasionados por las pasiones que reinan en ellos, que los remordimientos crueles que los atormentan, y los gritos de una delincuente conciencia, piden con más justo título vuestra sangre y lágrimas para purificaros de vuestros pecados.

En fin, ¿qué objeto os representa el lugar del Calvario? ¡Ah! el aparato de un suplicio el más infame y los instrumentos de la venganza más cruel; pero otro espectáculo os llama desde vuestro interior y os dice, que ahí encontraréis al delincuente, á quien debéis castigar, y al crimen que exige vuestra venganza. ¿Acaso porque Jesucristo no se queja, le concedemos tan sólo el estéril tributo de algunas lágrimas? Esto sería dar á Dios la compasión que no rehusamos á cualquiera de los miserables que se llevan al suplicio: Jesucristo sobre el Calvario da nuevos ejemplos de paciencia, y nuestros pecados son los que lo crucifican. El Hijo de la promesa llega, en fin, á la montaña destinada al sacrificio: no pregunta dónde está el holocausto, porque sabe que los sacrificios de los animales han venido á ser abominables á los ojos del Señor, y que su justicia exige una víctima de más alto precio; por tanto, entrega sus pies y manos á los verdugos, déjase tender sin resistencia alguna sobre la cruz que es el altar de su amor.

En efecto, católicos, ni los clavos que lo atraviesan, ni los dolores de un cuerpo lleno ya de tormentos, ni el furor de los verdugos y ministros que lo cercan, sácaule una sola expresion de queja y de murmuracion; al contrario, su boca permanece entonces muda, y para defenderse comienza á pronunciar palabras de paz para sus enemigos; éstas expresiones no son sino ruegos y súplicas en favor de los pecadores y promesas para toda la Iglesia. ¡Padre mio, exclama desde la cruz, perdónalos que no

saben lo que hacen! Los decretos desconocidos de vuestra justicia, los motivos de mi obediencia, el velo espeso que cubre sus ojos, son la causa de mi muerte, perdónalos porque ignoran la enormidad de su delito.

Uno de aquellos ladrones que estaban á su lado lo injuriaba, diciendo: "A otros hizo salvos, sálvese á sí mismo si este es el Cristo, el escogido de Dios (1)." El otro, reconociendo y confesando su divinidad, le decía: "Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino."

Pecadores que me escuchais, si para poner en acción vuestra indiferencia y ablandar la dureza de nuestro corazón nos vemos algunas veces en la necesidad de recordar los juicios de Dios, hoy hablamos tan solo de misericordia, de gracia y de clemencia: acerquémonos, por tanto, llenos de confianza al trono de su bondad. ¿Por ventura habiendo asegurado á sus apóstoles que cuando fuere levantado sobre la cruz atraería á sí á toda criatura, os desechará á vosotros? En verdad te digo, dijo Jesucristo al buen ladrón, que hoy serás conmigo en el Paraíso. Pero Jesús distingue al pié de la cruz los dos principales objetos de su amor y ternura: una Madre querida á quien siempre fué obediente, y un discípulo escogido entre todos los otros que siempre le fué fiel. ¡Cuántos cristianos carecen de fuerza y valor para tener, en su última hora, á la vista semejantes obstáculos! El amor mismo que les profesa turba y llena de amargura á su alma, porque el hombre cuanto más cercano está á dejar los bienes que posee, tanto más los ama y estréchase con ellos.

Queremos que en los últimos momentos de nuestra vida no molesten ni turben nuestro espíritu los cuidados y bienes temporales? Fijemos los ojos en Jesucristo: al espirar en la cruz no ve en su Madre y en su discípulo sino los instrumentos de la consumación de la obra que su Padre le había confiado; en el discípulo que tan tiernamente ama, ve á todos los hombres para encomendarlos en su

(1) Luc., cap. XXIII, v. 33 et seq.

cabeza, diciendo: Mujer, hé ahí á tu hijo; y en María ve una madre llena de ternura para que sea la medianera de todos los hombres, y así dice al discípulo: Hé ahí á tu madre (1). Jesucristo no piensa tanto en sus tormentos como en nuestras miserias; no son sus dolores, sino que nuestros males son los que quiere remediar sobre la cruz.

Así, pues, no debeis admiraros de que tantas veces, y casi siempre, os presentemos el misterio de la cruz: no hay virtud alguna sino por la cruz: no hay otro mérito que el que se saca de los tormentos de un Dios: no hay otro refugio que el que se busca en sus llagas, ni otra esperanza que la que se funda en su sacrificio. Jesucristo habia padecido mucho durante su vida, porque toda ella fué un tejido de penas, trabajos y humillaciones; empero no parecen de mérito alguno mientras no se ha consumado su sacrificio. Una sola gota de su sangre bastaba para rescatar al mundo entero; pero vierte muchas de ella al filo del cuchillo doloroso de la Circuncision, y la derrama con abundancia en su agonía. Una sola gota de sus lágrimas era más que suficiente para apagar el fuego de nuestras pasiones y el del infierno, y Jerusalem, más de una vez, habia sido el objeto de su llanto y de sus lágrimas.

Sin embargo, los multiplicados tormentos de este sacrificio continuo no bastan para satisfacer su amor, preciso es que se exponga sobre un infame suplicio y pague nuestras deudas; y á medida que se multiplican los pecados y que los hombres se fortifican más en ellos, tantos más dolores y tormentos quiere padecer el Divino Redentor.

La ofensa es infinita, debe serlo, por consiguiente, la reparación: el hombre lo concede todo á sus pasiones, y Jesucristo entrega todo su cuerpo á los suplicios: levantado sobre la Cruz, no se le oye ni una palabra que respire la

(1) Joann., c. XIX, v. 26 et 27.

menor queja, y sin embargo, nuestros pecados son los que le quitan la vida. Entre tanto que padece, solo pide que se le alivie la sed que le devora: nosotros, si somos elocuentes, pintamos nuestras penas con colores capaces de excitar la compasion de nuestros oyentes. ¿Y Jesucristo habrá dicho demasiado cuando dice que tiene sed? Ciertamente ¡oh pecadores! si en esta ocasion está sediento nuestro Divino Salvador, es porque tiene sed de nuestra salvacion; y si en estos dias de misericordia endureceis vuestros corazones, le vereis clamar de la misma manera: Sed tengo (1); esto fué lo que dijo á la Samaritana á la orilla del pozo de Jacob, y ella con pronta docilidad supo apagar el ardor que le devoraba. A vosotros, católicos, os grita ahora desde lo alto de la cruz, y quizá á este mismo instante con vergonzosa resistencia imitais la dureza de esos hombres, que para saciar su sed, le dan hiel y vinagre (2).

A este improprio é insulto siguen las más horrosas blasfemias: los unos, moviendo la cabeza, le decian: ¡Ahl tú que derribas el templo de Dios, y en tres dias lo reedificas, sálvate á tí mismo; y si eres el verdadero Hijo de Dios, desciende de la Cruz (3). Uno de los ladrones le improperaba tambien diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros (4)." Todos le piden milagros, pero ninguno les será concedido; porque Jesucristo, al espirar en la cruz, es un prodigio que la naturaleza no puede ver sin horror. Todo se ha consumado, exclama Jesus: el culto judáico se ha destruido, la antigua alianza ya no subsiste, Moysés y los profetas callan, y el más santo Legislador viene á dar las más justas leyes: la plenitud de los tiempos ha llegado, un pueblo nuevo sucede al antiguo en la posesion de la clemencia; la muralla que

(1) Joann., c. XIX, v. 28.

(2) Matth., c. XXVII, v. 48.

(3) Marc., c. XV, v. 29, et 30.

(4) Luc., c. XXIII, v. 39.

dividia al judío del gentil, ya está destruida; nosotros somos restablecidos en los derechos de que la Justicia de Dios habia despojado á nuestros padres; este es el copiosísimo fruto de sus tormentos: todo se ha consumado, dijo Jesus, dando un grito que hizo estremecer al universo; inclina la cabeza y espira sumergido en el más profundo silencio; pero silencio el más elocuente, mil veces más elocuente que todos los razonamientos de la humana sabiduría.

Ved, católicos, el gran misterio que la Iglesia celebra, cubierta de luto en estos dias: ved el importante objeto que hoy llama la atención de tantos fieles en nuestros tiempos. Pero ¿cuáles son los frutos que esperais sacar de tan dolorosa escena? Habeis venido á contemplar el eterno espectáculo de la pasion de Jesucristo; tambien los judíos vieron realmente en otro tiempo lo que ahora veis en figura, y no obstante, la dureza de su corazon no se ablandó. ¿Venís á excitar vuestros sentimientos y lágrimas en la trágica historia de las humillaciones de nuestro Divino Salvador? Este mismo Señor habló en otro tiempo desde la Cruz, y sin embargo, todo Israel permaneció duro é insensible á la voz de sus palabras y milagros.

Pero acercaos ya, Varones justos y piadosos; acercaos á María, informadla de vuestros designios, no os sorprendais al contemplar á esa angustiada Señora; es la Noemi de la ley de gracia, aunque veais que el Omnipotente la ha llenado de amarguras; es el Arca de Noé, aunque la veais naufragando en un mar de dolores; es Débora valiente, quien para salir victoriosa en esta tan sangrienta batalla, asiste con el valeroso Jesus en el Calvario. Ella os ruega que trateis con veneracion y respeto á ese despedazado y sangriento cuerpo. Adorad ese monte, subido, no temais penetrar á esa cima; sus peñascos son incultos, sus piedras duras, sus caminos difíciles y su eminencia inaccesible; pero con la sangre inocente de Jesus se ha liquidado como la cera en presencia del calor:

ese monte es el lugar del Calvario donde ha muerto el Rey de los judíos: es la irgénua confesion que han hecho estos sin entenderlo, y lo han fijado en lo alto de la Cruz, con el título de Jesus Nazareno, Rey de los Judíos. ¡Quitad, hombres piadosos, ese título!

Tú, infiel Israel, miraste en la Cruz ese título como motivo de risa y de burla; te pareció que con él quedaba el Hijo de María tan burlado como David cuando lo tuvo por fátuo el rey Achías, ó como Sanson cuando le sacaron los ojos y lo destinaron á los oficios más viles; pero te engañaste, tú mismo diste en esas palabras un auténtico testimonio de que ese difunto perseguido era el Salvador del mundo, que le quitabas la vida por envidia y que era tu legítimo Rey: presentadlo á María, piadosos Varones, para que advierta que vive su José á quien lloramos, y que la malicia de los crímenes de Israel solo ha servido para que todos los pueblos y naciones reconozcan su poder, su dominio y su divinidad.

Pero ¡qué vision me ofrece el Calvario! Una corona de punzantes espinas que traspasen las sienes de un Dios ya difunto. ¡Oh corona de espinas! ¿Cómo no te trasladaste á la cabeza del impío Achab, que consagró sus hijos al demonio, que levantó ídolos y abandonó al Dios de Israel? Este sí que era el digno de que esa corona hiriese el orgullo de sus pensamientos, y no el que es la santidad por esencia, á quien con esas punzantes espinas le ha coronado la ingrata Sinagoga. Presentad esa corona á esa afligidísima Señora, pero ¿cómo la encontraréis, Madre mía? ¿cómo podreis verla sin que os arranque el alma de dolor? No obstante, entregádsela, porque puesta en sus manos, dice San Agustín, cada espina despierta á nuestros corazones saetas de amor y de misericordia. Aguardad, santos Varones, ¿qué golpes son esos tan desapiadados? ¿ignorais que manda Dios que al Cordero no se le quebranten los huesos? ¿no veis presente á esa Madre, y que es forzoso que formen eco en su corazón? Pero sacad ya esos clavos para que caigan esas manos, que si fueron

clavadas para ofrecer el sacrificio vespertino, como dice David, ya está su Eterno Padre satisfecho. ¡Oh clavos preciosos que nos abristeis las puertas del Paraíso que nos cerró el pecado! ¡Oh manos dislocadas, pero poderosas! Vosotras librateis á Noé del diluvio, á Lot de las llamas é incendio de Sodoma, y á Daniel del lago de los Leones; manos de misericordia que tocasteis al corazón de David; que convertisteis á la Magdalena, y que ahora mismo derramais á raudales bondades y gracias sobre los pecadores. Sacad, por último, esos clavos de los piés de ese mansísimo Cordero; no es razon que estén por más tiempo aprisionadas esas plantas que tantos pasos dieron por nuestra salud.

Y vosotros, pecadores, que correis á vuestra perdicion con tan acelerados pasos, ¿hasta cuándo dejareis de caminar por las extraviadas sendas del mundo, donde bebeis á grandes tragos el agua de esas cisternas disipadas que no son capaces de saciar vuestro corazón? Ahí teneis, Señora afligidísima, esas tres lanzas con que fué traspasado vuestro hermosísimo Absalón; ahí teneis esos duros clavos. Os dice María, pecadores, ellos son los que han hecho estremecer el Calvario, humear la sangre de los piés y manos de mi Hijo y vuestro Salvador: ingratos pecadores, rompeis mi pecho, y sois los hijos de mi luto y amargura.

Llebad, Varones justos, llevad á María ese cuerpo divino, ¡qué afectos tan tiernos y amorosos despedazarian su triste y delicado corazón! Mira una y mil veces las llagas de su amado, lo estrecha entre sus brazos, lo besa y se tiñe con su sangre helada. Agólpense entonces á su alma bendita los copiosos é inconsolables llantos de Raquel, los tristes desconsuelos de Agar, las amargas penas de David y las abundantes lágrimas de la madre de Samuel. ¡Qué deshecha tormenta y qué enfurecidos vientos la acometen y la destrozan sin encontrar consuelo alguno! Apartad ya, hombres compasivos, de la vista de María ese objeto de penas y tormentos; presentadlo á ese in-

grato pueblo, quien con sus pecados ha maltratado el adorable cuerpo del muy querido Hijo de Maria.

Pecadores, ¿tendreis corazon para verlo? ¿No os consterna ese espectáculo tan sangriento y tan digno de compasion? ¿No bastará ponerlos á la vista y muerto ya al Unigénito del Padre para que retrocedais de vuestros delitos? Acercaos, mirad heridas cruelmente esas plantas que han pasado, como otro Moisés, el mar amargo de los tormentos, y que nos han abierto un camino franco para el cielo; mirad ese pecho divino tan amante como despedajado; mirad ese hermosísimo rostro que resplandecia en el Tabor como el sol, oscurecido y cubierto de polvo y sangre: mostrad al pueblo, hombres piadosos y justos, esas espaldas heridas y despedazadas: ved, ¡oh pueblo! ved lo que tus pecados han hecho; tú has herido esa boca y traspasado esas sagradas manos y piés. Lloremos, por tanto, sobre nuestro Redentor difunto y acompañemole á la tumba para sepultarnos con El; esta gracia os pedimos, adorable Jesus, en nombre de esa sangre preciosa que hoy sobre nosotros os habeis dignado derramar, pues solo lavados con ella podremos participar de vuestra gloria.—**ASI SEA.**

SERMON PREDICADO

EN LA SOLEMNE FUNCION

DEL SEÑOR DE LAS ANGUSTIAS

DE RINCON DE ROMOS

EL 21 DE NOVIEMBRE DE 1875

POR EL

PBRO. JOSE MARIA PORTUGAL

ACTUAL OBISPO DE SINALOA

Jesus Christus heri, et hodie ipse et in saecula.

Jesuscristo el mismo que ayer, es hoy, y lo será eternamente.

Heb., XIII, 8.

SEÑORES:

Las sombras y la luz. Hé aquí el amoroso pensamiento de Dios hácia nosotros, que corresponde admirablemente en la revelacion de su divina economía al paso de la humanidad sobre la tierra. La regeneracion y salvacion del mundo por Nuestro Señor Jesuscristo. En efecto, cuando las tinieblas, saliendo del abismo, se extendieron por todas partes, amortiguaron el hermoso disco del sol de la verdad; entónces apenas llegaban á los hombres sus pálidos y vacilantes reflejos que se perdian en la inmensa

oscuridad: *Diminuta sunt veritates à filiis hominum* (1). Pero la luz sin cesar batallaba por destruir las tinieblas, y llegada la plenitud de los tiempos, estas se retiraron al confin del horizonte; y cuando se consume el triunfo de la luz, descenderán al abismo, de donde en mala hora salieran para ruina de la humanidad. Notad esta divina economía. La antigua ley, nos dice el gran Apóstol (2), tiene la sombra de los bienes venideros, no la misma imagen de las cosas. A nuestros padres todo les acontecía en figura, todos estuvieron bajo la nube, y pasaron el mar y fueron bautizados en Moysés y en el mar, y comieron una misma vianda espiritual, y bebieron una misma bebida espiritual, porque bebían de una piedra espiritual que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo (3). Sigamos.

Habló Dios muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo á nuestros padres por los profetas: últimamente nos ha hablado por medio de su Hijo, á quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien crió también los siglos (4).

En este tiempo (5) ha derramado con abundancia sobre nosotros las riquezas de su gracia, colmándonos de toda sabiduría y prudencia, para hacernos conocer el misterio de su voluntad, por el cual se propuso restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra. Ese misterio (6), escondido á los siglos y generaciones pasadas, ha sido revelado á sus santos, á quienes ha querido Dios hacer patentes las riquezas de la gloria y de este arcano, que no es otra cosa que Cristo, esperanza de vuestra gloria.

Avancemos. Nosotros, dice San Pablo en otra parte (7),

(1) Ps. 11, 2.

(2) Heb., X, 1.

(3) I Cor., X, 1, 4.

(4) Heb., I, 1, 2.

(5) Ephes., I, 8, 10.

(6) Colos., I, 26, 27.

(7) II Cor., III, 18.

contemplando á cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de Jesucristo, avanzando de claridad en claridad, como iluminados por el espíritu del Señor.

Hé aquí la encantadora economía del divino pensamiento que se deja entrever desde las sombras, en los símbolos y figuras que lo envuelven como en un velo trasparente, hasta la fusión de una claridad en otra. Por lo mismo: Jesucristo el mismo que ayer, es hoy; y lo será eternamente.

Hé aquí, pues, la verdadera gloria y la grandeza de la humanidad; y acomodándonos á nuestras ideas y lenguaje de actualidad: Nuestro verdadero progreso. Lo he dicho: El conocimiento y la imitación de Jesucristo crucificado, es el verdadero progreso de la humanidad. Para que mis palabras os sean de provecho, implorad conmigo el auxilio divino por los ruegos omnipotentes (1) de la inmaculada y hermosa María, Nuestra Madre muy querida; á quien saludamos.—**AVE MARIA**.

Jesus Christus, etc.

Antes de marchar directamente al objeto que os tengo propuesto, es preciso quitar la broza que obstruye el paso. Avanzar no es progresar; si así fuera, sería necesario y constante el progreso, como resultado de la condición de la vida humana que descubre, sin cesar, nuevos y variados horizontes, y que no puede pararse en el camino.

(1) S. German. Orat. 3. De dorm. B. Virg. y S. Alfonso. Glorias, c. VI.

Progresar es perfeccionar la enseñanza tradicional, es arrancar nuevos secretos á la ciencia, disipar las sombras que velan á nuestras miradas la luz pura y hermosa de la verdad.

Es, por lo mismo, el progreso, el humilde reconocimiento, la más solemne protesta de uno de los dogmas de nuestra fe, que más rudamente han combatido los enemigos de la verdad: ese dogma es la caída original, así como la negación del progreso en Dios es el testimonio de su perfección infinita. Solo Dios infinitamente perfecto no progresa, porque es la fuente sin término y sin principio de la luz y de la vida. Es la verdad.

El hombre caído, imperfecto, degradado, tiende hácia el progreso, donde se encuentra la fuerza, la perfección y la grandeza.

Siéntese de lo dicho, que no todas las sendas que ha seguido la humanidad son las del progreso: hé aquí, pues, su verdadero cometido: buscar incansable esa senda, toca á la inteligencia del hombre esta misión. ¿Cuál es la senda del progreso? Ante nosotros se presentan dos, enteramente diversas, contrarias; y sin embargo, en ambas encontramos el nombre del progreso, la fe y la razón. Hablo de esa razón, que impaciente y orgullosa, se niega á recibir toda enseñanza que no venga de su propia luz, ó que exceda el nivel de su comprensión mezquina.

¿Por cuál de esas sendas debe marchar la humanidad hácia el progreso? La resolución práctica de esa cuestión ha dividido al mundo en creyente y racionalista. Nosotros, que nos gloriamos de pertenecer al mundo creyente, sostenemos que la fe es la única senda del progreso. Ved cómo descendemos á demostrarlo.

La inteligencia es la verdadera grandeza del hombre, que le distingue de los brutos que carecen de razón; por lo mismo á ella debe referirse el más sublime y positivo progreso de la humanidad. Pues ved: la verdad es, no solamente el progreso, sino la vida y alimento de la inteligencia. Es, por tanto, necesario contestar á estas pre-

guntas: ¿Es la verdad la fe? ¿Es la razón la verdad? Contestamos: Dios es la verdad por esencia, y la luz que se desprende de su trono ilumina la frente del hombre que dice: CREO. De otra manera: Dios es la luz por esencia que eternamente engendra en su seno la verdad; y la verdad, al comunicarse á nosotros, obliga á decir también: CREO. Así es que, resistiendo el imperio de la verdad, no hay luz; lo mismo que, cerrando los ojos á la luz, no hay verdad. Es, pues, la verdad, la fe.

El creyente alza sus ojos, y ve la luz de los cielos, y acepta rendido la verdad: nada más racional, nos dice San Pablo: *Rationabile obsequium* (1). La aceptación de una verdad nos obliga á recibirlas todas, porque ella es siempre unisona en sus manifestaciones sucesivas, y es invariable y eterna.

Dicenos lo mismo la idea primordial del progreso. En el punto de partida no conocemos las verdades cuya revelación conseguiremos; pero rechazarlas de antemano, nos haría estacionar indefinidamente en el camino: la fe en su conocimiento es lo único que alienta nuestros pasos. Si no la hay, ¿á dónde vamos? ¿Quién, por otra parte, en un camino peligroso se acompaña y entrega en manos de un conductor de quien recibe? En el camino del progreso confiamos, pues, en la fe que nos conduce. Es por lo mismo necesario al hombre de progreso, ser creyente.

El racionalista, el hombre que no cree, baja sus ojos del cielo y busca la luz y la verdad en sí mismo: ceguera inconcebible, pero real. La verdad que no nace de un principio eterno, no es verdad; y la luz que no se derrama de ese foco indiciente, no es luz. Y el hombre que es de ayer, decía en otro tiempo un sábio en el Oriente, nacido de mujer, está lleno de miseria: es una flor que se abre y se marchita en solo un día, y va cambiando sin cesar (1).

(1) Rom., XII, 1.

(2) Job, XIV, 1.

No es, pues, ciertamente, en el sentido del hombre que no cree, la razón la verdad: no es el progreso, cuya única fe es la verdad: no es el progreso, cuya única senda es la fe.

Una vez que el conocimiento de la verdad es el progreso, y la fe el camino de la verdad, podemos preguntar: ¿por ventura habrémos de seguir á cualquiera que nos tome de la mano? ¡Solemne insensatez! Por esto los libros santos nos dicen con el acento de la más pura verdad: Probad los espíritus si vienen de Dios, ó nó (1), porque Dios es la fuente de la verdad, y todo lo que no sale de esa fuente, es error, es tiniebla, es negacion de todo progreso.

Una vez llegados á este punto, examinemos un hecho, por cierto el más culminante en la historia de la humanidad: el aparecimiento del Cristianismo. Antes de él, y despues tambien, en la senda que no baña con su luz, una es la doctrina y sistema de progreso, la negacion ó por lo ménos el olvido del mundo invisible en sus relaciones con el destino presente y ulterior del hombre, y la consagracion del mismo á los placeres de la vida animal.

El divino fundador del cristianismo ha enseñado una doctrina y un progreso enteramente contrarios, y en su enseñanza ha dicho: "Yo soy el camino. Nadie viene al Padre sino por mí (2). Yo soy la verdad. Yo salí del Padre y vine al mundo: de nuevo dejo el mundo y voy al Padre (3). Yo soy la vida, y añade: La vida eterna es conocer al Dios verdadero y á Jesucristo su enviado (4)."

Al considerar el primero de estos sistemas, el racionalista, encontramos al hombre inexplicable sin Dios, profundizamos un abismo cuyas tinieblas se palpan, y donde es imposible penetrar la luz: y al sentir la accion constante de una inteligencia y de un poder irresistibles en

- (1) I Joan., IV, 1.
- (2) Joan., XIV, 6.
- (3) Joan., XVI, 28.
- (4) Joan., XVII, 3.

el órden y los destinos del mundo, y al arrojar siquiera una mirada de honor y dignidad á la más noble parte de nuestro sér, quedamos convencidos de que el sistema que venimos examinando, no es el progreso, porque en él no aparece la verdad, ni brilla la hermosura de su luz, y es, además, rechazado por la conciencia de toda alma bien nacida, que siempre aspira á la luz y á la verdad.

Es por lo mismo necesario á todo hombre de progreso, abandonar esa senda: fuera de ella no se encuentra sino el cristianismo. Si hay, pues, en el mundo progreso, el progreso es esencialmente cristiano. Hé aquí donde el hombre debe venir á buscar la inspiracion, la luz, la fuerza: en la ciencia sublime del cristianismo, en el conocimiento de Jesucristo.

¿Cuál es la nocion del progreso verdaderamente cristiano? Preguntémoslo á su divino autor: su ejemplo y doctrina nos responderán. De antemano, la venida del gran Libertador del universo hallábase anunciada como la marcha solemne y gloriosa de un gigante que comienza su carrera, y cuya salida es en lo más elevado de los cielos; viaja por el mundo, y va á descansar en el seno del Señor (1). Tambien la esposa santa lo contemplará semejante al gamo y al cervatillo que pone su ligera planta sobre los montes y collados, y á quien dice se eleva hácia los montes eternos de Sion (2).

Quando en la plenitud de los tiempos, Dios inclinó los cielos y descendió, no hizo en su vida mortal sino cumplir los anuncios de los profetas. Al aparecer Dios en la tierra, dice San Bernardo, y ser visto entre los hombres, ¿por ventura se paró? *numquid stetit?* De El está escrito: pasó derramando en sus sendas beneficios: y desde las primeras páginas del Evangelio hallamos que Jesus crecía en edad, en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres (3). Hé aquí lo que nos dice su doctrina:

- (1) Sal. XVIII, 6, 7.
- (2) Can. II, 19, VIII, 14.
- (3) Epist., CCLIII.—Luc., II, 40.

Quando Jesucristo Nuestro Señor mandaba á sus discípulos á la conversion del mundo, les decia: "Id, enseñad á todas las naciones, enseñándoles todas las cosas que os he mandado (1)." Todas estas cosas mandadas por el Señor, se hallan comprendidas en el sublime precepto del amor.

El ejemplo de Jesucristo Nuestro Señor, nos da un progreso de sabiduría y gracia: *proficiebat sapientia et gratia*: su doctrina da lo mismo: manifestar la verdad y cumplir la ley: *docentes servare*.

Para que comprendamos el profundo conocimiento del corazon del hombre que entraña el progreso cristiano, reflexionemos que en todos los sistemas se ha tenido por principio inconcuso, que el error y el crimen son las fuentes corrompidas que inundan al mundo en miserias y en desgracias, y se ha convencido tambien de que el único remedio de error es la verdad, como lo es del crimen la justicia. Pues ved ahora aparecer el progreso cristiano, trayendo escritas en su glorioso estandarte estas palabras: "Verdad y Justicia." En efecto, Jesus ha dicho á sus apóstoles: "Bautizad las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" ¿Qué nos revela ese baño mandado á todos los hombres, sino la corrupcion espantosa en que el mundo se hallaba sepultado? Pero el bautismo se confiere bajo la fórmula sagrada que asegura la unidad de Dios en su naturaleza y la trinidad en las personas. El gran error del mundo era la negacion de esa divina unidad, el politeismo; su gran crimen la idolatría. Y Jesucristo intima más clara y terminantemente que jamás lo hubiera sido, el reconocimiento de esa gran verdad y el cumplimiento de esa gran justicia. Pero todavía no era esto suficiente para reparar los grandes males causados en la humanidad por el error y el crimen. Ultrajada la justicia del Señor, era indispensable el castigo del hombre; pero no se buscaba un castigo que aniquilase, sino que pudiera traer la salvacion:

(1) Matt., XXVIII, 19, 20.

aquí el progreso cristiano se nos presenta admirable, en la profunda sabiduría de sus conceptos y amorosamente consolador en sus revelaciones. Para lograr la reparacion del mundo, nos ha dicho, debe inmolarse á la justicia eterna una víctima cuyos méritos é inocencia sean infinitos y soberanamente agradables á los ojos del Señor: que selle con su sangre una alianza de perdon y gracia: que pueda rasgar el terrible decreto de condenacion, fulminado contra el hombre por el pecado. Y todo esto lo ha realizado el divino Fundador del cristianismo. Oigamos lo que sobre esto nos dice el gran Apóstol: "El testamento no tiene fuerza sino por la muerte: por esto ni el primero fué celebrado sin sangre, así Cristo fué inmolado para agotar los pecados de muchos..... Es imposible que con sangre de toros se quiten los pecados, por lo cual entrando al mundo dice: Tú no has querido sacrificio ni ofrenda; mas á mí me has apropiado un cuerpo: holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: héme aquí que vengo para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad: por esta voluntad somos santificados por la oblation del cuerpo de Jesucristo hecha una vez sola (1). En otra parte dicenos tambien el mismo Apóstol: sepultados con Jesucristo en el bautismo, habeis resucitado con él por la fe que teneis del poder de Dios: quien ha borrado la cédula del decreto fulminado contra nosotros, que nos era contrario quitándola de enmedio y clavándola en la cruz. Y en los días de su vida mortal Jesucristo (2) ofreciendo plegarias y súplicas con gran clamor y lágrimas á aquel que podia salvarle de la muerte, fué oído en vista de su reverencia; y así, consumado su sacrificio, fué hecho autor de la salud eterna para todos los que le obedecen. Por estas últimas palabras conoceis que en el progreso cristiano hay una condicion esencial, necesaria á todos aquellos que le han de obtener: la obediencia al

(1) Heb., X, 17.—28. X, 5.—10.

(2) Heb., V, 7.

autor de la eterna salud del hombre: ¿cuál es la razón de esto? porque la obediencia es la única que puede renirnos bajo la enseña sagrada del cristianismo (1). Mas su divino fundador ha sido exaltado y lleva un nombre admirable y glorioso sobre todo nombre como insigne galardón de su obediencia (2), y la corona que ciña la frente de los cristianos ha de brillar con los reflejos que destella ese nombre sagrado (3), porque, en fin, á los que Dios conoció en su presencia predestinó para que se hiciesen conformes á la imágen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (4).

De aquí es que al abrir Jesucristo el camino del progreso, si marcha al frente, no va, sin embargo, solo: y el mundo que le sigue, ha de marchar forzosamente sobre sus huellas. Ha ido por delante, decía el príncipe de los Apóstoles, para que sigamos sus pisadas (5). Por esto comprenderéis, por una parte, la elevación del progreso cristiano, en el que podemos decir como San Juan: Tenemos union, y nuestra union es con el Padre y con su Hijo Jesucristo (6); y por otra, esta union no puede realizarse sino mediante la imitación de Jesucristo. Hé aquí lo más difícil, pero sin embargo, lo más necesario en el progreso cristiano. Largo camino os resta que andar, dijo un ángel á Elías (7).

Era sin provecho, nos dice San Bernardo el triunfo de Jesucristo, permaneciendo vosotros sin seguirle ni renunciar la soberbia (8), y San Agustín había llegado á decir también, que el magisterio sublime de Jesucristo venia á realizarse cumplidamente por sus discípulos. Esto es por lo que respecta á la obra del Señor: por lo que á nos-

(1) Joann., X, 27.—Matt. XVIII, 17.

(2) Phil., II, 8, 9.

(3) Apoc., VII, 14.

(4) Rom., VIII, 29.

(5) I. Petri, II, 21.

(6) I. Joann., I, 3.

(7) III. Reg., XIX, 7.

(8) Hom. II, super Missus.

otros toca, ved lo que San Pablo nos dice hablando de Adán y de Jesucristo.

El primer hombre es el terreno formado de la tierra; y el segundo hombre es el celestial que viene del cielo. Así como el primer hombre ha sido terreno, han sido también terrenos sus hijos; y así como es celestial el segundo hombre, son también celestiales sus hijos. Según esto, así como hemos llevado grabada la imágen del hombre terreno, llevamos también la imágen del hombre celestial. Porque la carne y sangre no pueden poseer el reino de Dios; ni la corrupción poseerá la herencia incorruptible.

Para animarnos á esto, Jesucristo debía probar todas las amarguras y dolores del corazón humano. Y así sucedió, nos dice el Apóstol: Tenemos un pontífice que penetró hasta lo más alto del cielo, y que se compadecerá de nosotros habiendo experimentado todas las tentaciones y debilidades, excepto el pecado (1). Después de esto, justísimo es que San Pablo nos estreche, diciendo: Es hora de despertar. Dejemos las obras de tinieblas y revisitemos de las armas de la luz: andemos con decencia: Revestidos de Nuestro Señor Jesucristo; y no busquemos contentar vuestra sensualidad (2).

Para continuar, notemos la gran ventaja que lleva á todos los demás el progreso cristiano: su luz se derrama en la sociedad y penetra también el corazón del individuo: su voz se deja oír de todos y habla también á cada uno de nosotros; sus atenciones son como las del pastor que cuida las ovejas del rebaño, y trae amoroso en sus hombros la extraviada. Vedlo.

Llevamos en el alma dos grandes heridas: la soberbia y la corrupción. Para curar la primera, ha dicho el divino Fundador del cristianismo: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (3);" y para demostrarlo, dice San Pablo, se humilló á sí mismo hasta la

(1) Hebr., IV, 14.

(2) Rom. XIII, 11.

(3) Matth., XI, 29.

muerte, y muerte de cruz (1). Para lo segundo, presentaba á sus mismos enemigos la inocencia de su vida incomparable: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (2).

Ved, pues, la profunda sabiduría de la enseñanza cristiana. La soberbia, esa agitacion tormentosa del espíritu, que nos impele y arrastra á conseguir la preferencia, la alabanza sobre nuestros hermanos, es un sentimiento contrario enteramente al progreso, porque engendra y alimenta la rencorosa envidia que niega ó mancha el mérito ajeno; que concentrándose en su interés individual, en nada tiene el adelanto de la sociedad; que divide en vez de unir, y siembra el ódio, gérmen fecundo, en desgracia y miseria. La soberbia en nada ha sido combatida en el progreso anticristiano. De aquí el aborto ó la paralización de los mejores pensamientos. De aquí tambien el desfallecimiento ó el despecho que se precipita sin reflexion en las grandes empresas. Hé aquí á estas tristes rémoras del progreso, el más oportuno remedio: La humildad cristiana: porque ella inspira una generosidad y aliento sobrehumanos, ella es el único pedestal sobre que eleva sus glorias la magnanimidad. ¿Queréis un ejemplo? Vedlo en San Pablo. La humildad le inspira el sentimiento de su impotencia: Soy, nos dice, como un abortivo, el menor de los apóstoles: no merezco ser llamado Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios: nada soy (3). Al expresarse así, no creais que lleva una alma apocada y miserable: es todo un hombre de progreso. Contemplad sus empresas, sus trabajos, su generosidad y su valor, y os convenceréis: su mision es convertir el mundo á Jesucristo; y vedlo apedreado, azotado, encaenado, náufrago, y despues de esto exclamar: Desso ser objeto de maldicion por la salud de mis hermanos (4). Y

(1) Phil., II, 8.

(2) Joan., VIII, 46.

(3) I Cor., XV, 8.—II, Cor., XII, 11.

(4) Rom., IX, 3.

revelando la firmeza incontrastable de su magnánimo corazón, decir: Nadie es capaz de separarme del amor de Jesucristo (1).

Si la humildad cristiana inspira toda grandeza y lleva á feliz término tan grandes acciones; si ella, en fin, sabe formar los verdaderos héroes, es porque ha sabido buscar la fuerza en su único é indeficiente principio: Nuestra suficiencia viene de Dios. Todo lo puedo en el que me conforta. Dios nos ha dado victoria por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo (2). Ved aquí, por lo mismo, la ceguedad y triste insensatez de todo progreso anticristiano.

Réstanos decir una palabra sobre la corrupcion del alma por las pasiones, en cuanto deba ser atendida en el progreso cristiano.

La corrupcion es, hemos dicho, otro obstáculo al progreso: por esto el Divino Salvador le opone su mortificacion y su cruz.

¿Qué encantadoras se dejan contemplar desde este punto de vista, las austeridades, las privaciones, y todo ese noble y hermoso cortejo de prácticas y severas prescripciones, que así embellecen la penitencia cristiana! Verdaderamente son, según el lenguaje de San Pablo, una gloria que inunda el alma en consuelo; nada importa que lleven el nombre que se quiera. ¿Se llaman cruces? Mi gloria, dice San Pablo, es la cruz de Jesucristo (3), cuyo amor ha hecho que yo enueentre tormento y afliccion en los placeres del mundo, y consuelo únicamente en su cruz. ¿Se llaman tentaciones? En ellas me he de gloriar tambien para que more en mí la virtud del Cristo (4). ¿Se llaman, en fin, tribulaciones? Ellas, nos dice el mismo Apóstol, no nos hacen desmayar: son breves y ligeras, y producen por otra parte el eterno peso

(1) Rom., VIII, 39.

(2) II, Cor., III, 5. Phil., IV, 13. I Cor., XV, 57.

(3) Gal., VI, 14.

(4) II Cor., XII, 9.

de una sublime é incomparable gloria (1). ¿En qué punto ó en cuál de las enseñanzas cristianas, no halláremos elevacion y grandeza para la inteligencia, y para el corazon tiernísimos consuelos?

Fuera del progreso cristiano, el hombre muellamente reclinado en lecho de flores, envuelto en una atmósfera de placer y encanto, halagado por voluptuosas pasiones, se siente desfallecido, se enervan sus mejores facultades; cifrase su gloria en el grosero placer de los sentidos: la elevacion de sus miras no trasciende el horizonte, por cierto bien mezquino, de su precaria existencia: su corazon no se alimenta con la dulce esperanza del cristianismo; ni se siente capaz de elevar hasta el cielo en amorosa plegaria, las terribles congojas que lo devoran: se vuelve un insensato, segun el lenguaje de San Pablo, un animal, un hombre béstia, cuya triste estupidez llega hasta no saber si tiene una alma inmortal. Hé aqui la profunda miseria y degradacion incalculables, á donde descende el hombre que busca y sigue el progreso fuera de las sendas que baña la luz pura de la verdad cristiana. Así lo demuestra día por día la experiencia, en el fin desgraciado de los grandes hombres del mundo, en los pueblos más civilizados de Europa, que mueren desconociendo á Dios ó negándose á sí mismos. Hé aqui las tristes glorias que recoge el hombre en su ignominia como frutos de ese progreso bastardo, que no hace sino hundirlo cada vez más en un abismo de infamia y vergüenza.

Todo lo que habeis oído nos manifiesta que la verdadera grandeza, el progreso real y positivo del mundo, hállase cifrado en la verdad y la justicia: que el divino fundador del cristianismo es quien ha enseñado la verdad y ha establecido el imperio de la justicia; que por lo mismo el conocerle, es la ciencia de la vida: imitarle, la realidad del progreso. Por esto, pues, con razon San Pablo ponía toda su ciencia en Jesucristo y Jesucristo crucifi-

(1) II Cor., IV, 16, 17.

cado, y ¿por qué así? Porque en Jesus crucificado se encuentra la divina atraccion del progreso. "Al ser levantado en la cruz atraeré todas las cosas hácia mí," habia dicho el Salvador del mundo; y su palabra se ha cumplido (1): porque Jesucristo en la cruz cura las heridas de nuestra alma, el error y el crimen; y la salud y la vida que buscamos, llevan nuestras miradas y afectos al Señor: al conocerle, hallamos en su Majestad las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios: al imitarle, poseemos la verdadera y preciosa margarita de que nos habla el Evangelio: descubrimos el tesoro oculto en la profunda sencillez de su doctrina, impenetrable á los soberbios y despreciada de los hombres corrompidos, y cuyo conocimiento obligó al divino Redentor á exclamar: "Yo te alabo ¡oh Padre! Señor del cielo y la tierra, porque ocultastes estas cosas á los soberbios y las revelastes á los humildes (2)," y á San Pablo: El hombre animal no percibe las cosas de Dios (3).

Hoy, por lo mismo que venis á rendir vuestras adoraciones al divino Salvador del mundo en su sagrada imagen de las Angustias, recordando sus ignominias, sus tormentos, su muerte y su cruz, que nos han obtenido la esperanza, la vida, la salud y todos los bienes; ved cuánta grandeza y hermosura, y cuán verdadera ciencia de progreso se encierra en los actos consoladores y sublimes del culto católico; y con cuánta razon se os puede decir, mostrándoos al divino crucificado, no solo como vuestro Dios y Redentor, sino como el único verdadero progreso del mundo, lo que decia San Pablo: Por esto doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio y la cabeza de la gran familia que está en el cielo y sobre la tierra, para que segun las riquezas de su gloria, os conceda por medio de su Espíritu ser fortalecidos en virtud en el hombre interior, y que Cristo habite en vuestros corazones por la fe, para que

(1) Joan., X, II, 32.

(2) Luc., X, 21.

(3) I. Cor., II, 14.

podais comprender con todos los santos la dilatacion y longitud, la elevacion y profundidad de la ciencia de Dios, y conocer el amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento (1).

¶ Oid también estas otras palabras del mismo Apóstol, que encierran las ideas más verdaderas y sublimes del verdadero progreso: Sed un cuerpo y un espíritu, así como fuisteis llamados á una misma esperanza de vocacion: á cada uno se ha dado la gracia segun la medida de la donacion de Jesucristo, á fin de que trabajen en la perfeccion de los Santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos á la unidad de una misma fe y de un conocimiento del Hijo de Dios, al estado de varon perfecto, á la medida de la perfecta edad, segun Cristo, para no ser ya niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar de todos los vientos de las opiniones humanas por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad del Evangelio, con amor crezcamos en Cristo, que es nuestra cabeza. No vivais como los gentiles que proceden segun la vanidad de sus pensamientos, teniendo oscurecido de tinieblas el entendimiento, que no viven segun Dios por la ignorancia y ceguedad de su corazon, los cuales sin esperanza se entregan á la disolucion y á toda suerte de impurezas. Esto no habeis vosotros aprendido en la escuela de Jesucristo: habeis aprendido á despojaros del hombre viejo que se corrompe por las pasiones. Renovaos en el espíritu de vuestra mente, revestios del hombre nuevo, criado conforme á la imagen de Jesucristo en justicia y santidad verdadera (2).

¶ Hé aqui la verdad y la justicia, leyes eternas é invariables del progreso, abriendo la marcha triunfal del progreso cristiano, y coronando hermosamente su glorioso término.

(1) Ephes., III, 14.—19.

(2) Ephes., IV, 4, 7, 12.—24.

No me resta despues de esto, sino deciros con el mismo Apóstol: Tengamos confianza de entrar en el cielo por la Sangre de Cristo con la cual nos abrió un camino nuevo y de vida; hé aqui el camino del verdadero progreso, para entrar por el velo, esto es, por su carne, y teniendo así mismo al gran sacerdote Jesucristo sobre la casa de Dios; lleguémonos á él con sincero corazon, con plena fe, purificados los corazones de la mala conciencia, manten-gamos firme la esperanza que hemos confesado, pongamos los ojos los unos en los otros para estimularnos en la caridad y buenas obras, alentémonos mientras se acerca el último dia de los tiempos (1). Corramos al combate que nos es propuesto poniendo los ojos en Jesus, autor y consumidor de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz menospreciando la ignominia, y ahora está sentado en el trono de Dios (2). Corramos de tal manera que alcancemos la corona de la gloria:

SIC CURRITE, UT COMPREHENDATIS (3).

(1) Heb., X, 10.—26.

(2) Heb., XII, 1.—2.

(3) I. Cor., IX, 24.